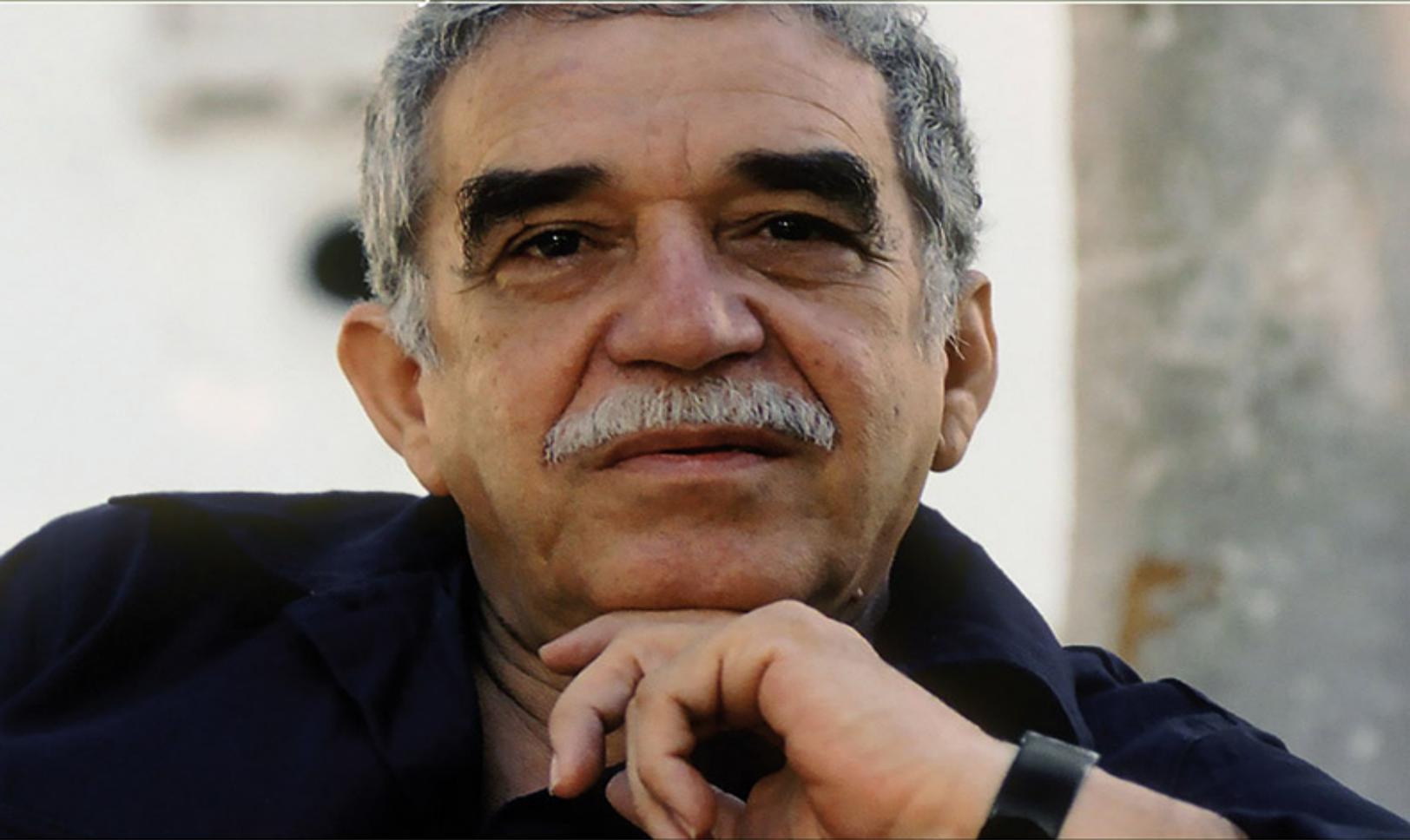


BREVE HISTORIA de los...

PREMIOS NOBEL DE LA LITERATURA II

LA CONSOLIDACIÓN DEL NOBEL Y SU MUNDIALIZACIÓN

Juan Bravo Castillo



Descubra las razones por las que el Nobel comenzó a politizarse y ser considerado un arma ideológica. La polémica, la consideración del premio como «un elemento burgués», los autores que no lo ganaron y la adaptación del premio a las corrientes dominantes de los intereses socioeconómicos globales.

**BREVE HISTORIA DE LOS
PREMIOS NOBEL
DE LA LITERATURA II**

**BREVE HISTORIA DE LOS
PREMIOS NOBEL
DE LA LITERATURA II**

Juan Bravo Castillo



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve Historia de los Premios Nobel de la Literatura II*

Autor: © Juan Bravo Castillo

Copyright de la presente edición: © 2022 Ediciones Nowtilus, S. L.
Camino de los Vinateros 40, local 90, 28030 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubierta: ExGaudia, Asociación Cultural

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición digital: 978-84-1305-247-2

Fecha de edición: febrero 2022

Para Llanos, mi esposa,
y para mis tres hijos,
Alicia, Diana y Juan.

Índice

Presentación

1. Los Premios Nobel y su contexto histórico

La definitiva consolidación del Nobel

Jean-Paul Sartre (1964) Francia (1905-1980). Filósofo, novelista y dramaturgo

Mijaíl Alexándrovich Shólojov (1965) Unión Soviética (1905-1984). Novelista

Shmuel Yosef Agnón (1966) Israel (nacido en el Imperio austrohúngaro) (1888-1970). Novelista

Nelly Sachs (1966) Suecia, nacida en Alemania (1891-1970). Poeta y dramaturga

Miguel Ángel Asturias (1967) Guatemala (1899-1974). Novelista

Yasunari Kawabata (1968) Japón (1899-1972). Novelista

Samuel Beckett (1969) Irlanda (1906-1989) Dramaturgo y novelista

Alexandre Isáievich Solzhenitsyn (1970) Unión Soviética (1918-2008). Novelista

Pablo Neruda (1971) Chile (1904-1972). Poeta

Heinrich Böll (1972) Alemania occidental (1917-1985). Novelista

Patrick White (1973) Australia, nacido en Reino Unido (1912-1990). Novelista

Harry Martinson (1974) Suecia (1906-1978). Poeta y novelista

Eyvind Johnson (1974) Suecia (1900-1976). Novelista

Eugenio Montale (1975) Italia (1896-1980). Poeta

Saul Bellow (1976) Estados Unidos, nacido en Canadá (1915-2005). Novelista

Vicente Aleixandre (1977) España (1898-1984). Poeta

Isaac Bashevis Singer (1978) Estados Unidos, nacido en Polonia (1902-1991). Novelista

Odysseas Elytis (1979) Grecia (1911-1996). Poeta

Czeslaw Milosz (1980) Polonia (1911-2004). Poeta

Elías Canetti (1981) Reino Unido, nacido en Bulgaria (1905-1994) Novelista, dramaturgo y ensayista

Gabriel García Márquez (1982) Colombia (1928-2014). Novelista

William Golding (1983) Reino Unido (1911-1993).

Novelista

Jaroslav Seifert (1984) Checoslovaquia, nacido en el Imperio austrohúngaro (1901-1986). Poeta

Claude Simon (1985) Francia (1913-2005). Novelista

Wole Soyinka (1986) Nigeria (1934). Dramaturgo

Joseph Brodsky (1987) Estados Unidos, nacido en la Unión Soviética (1940-1996). Poeta

Naguib Mahfuz (1988) Egipto (1911-2006). Novelista

Camilo José Cela (1989) España (1916-2004). Novelista

La universalización del Nobel

Octavio Paz (1990) México (1914-1998). Poeta y ensayista

Nadine Gordimer (1991) Sudáfrica (1923-2014). Novelista

Derek Walcott (1992) Santa Lucía (1930-2017) Poeta y dramaturgo

Toni Morrison (1993). Estados Unidos (1931-2019). Novelista

[Oé Kenzaburo \(1994\) Japón \(1935\). Novelista](#)
[Seamus Heaney \(1995\) Irlanda \(1939-2013\). Poeta](#)
[Wisława Szymborska \(1996\) Polonia \(1923-2012\). Poeta](#)
[Darío Fo \(1997\) Italia \(1926-2016\). Dramaturgo y cómico](#)
[José Saramago \(1998\) Portugal \(1922-2010\). Novelista](#)
[Günter Grass \(1999\) Alemania \(1927-2015\). Novelista](#)
[Gao Xingjian \(2000\) China \(1940\). Novelista y dramaturgo](#)
[Naipaul \(2001\). Reino Unido, nacido en Trinidad y Tobago \(1932-2018\) Novelista](#)
[Imre Kertész \(2002\) Hungría \(1929-2016\). Novelista](#)
[J. M. Coetzee \(2003\) Sudáfrica \(1940\). Novelista](#)
[Elfriede Jelinek \(2004\) Austria \(1946\). Novelista, poeta y dramaturga](#)
[Harold Pinter \(2005\) Reino Unido \(1930-2008\). Dramaturgo](#)
[Orhan Pamuk \(2006\) Turquía \(1952\). Novelista](#)
[Doris Lessing \(2007\) Reino Unido, nacida en Irán \(1919-2013\). Novelista](#)
[Jean-Marie Gustave Le Clézio \(2008\) Francia \(1940\). Novelista](#)
[Herta Müller \(2009\) Alemania, nacida en Rumanía \(1953\) Novelista](#)
[Mario Vargas Llosa \(2010\) Perú \(1936\). Novelista](#)
[Tomas Tranströmer \(2011\). Suecia \(1931-2015\). Poeta](#)
[Mo Yan \(2012\) China \(1955\). Novelista](#)
[Alice Munro \(2013\) Canadá \(1931\). Narración breve](#)
[Patrick Modiano \(2014\) Francia \(1945\). Novelista](#)
[Svetlana Aleksíevich \(2015\) Bielorrusia, nacida en la RSS de Ucrania \(1948\). Reportajes novelados](#)
[Bob Dylan \(2016\) Estados Unidos \(1941\). Músico y poeta](#)
[Kazuo Ishiguro \(2017\) Reino Unido, nacido en Japón \(1954\) Novelista](#)
[Olga Tokarczuk \(2018\) Polonia \(1962\). Novelista](#)
[Peter Handke \(2019\) Austria \(1942\). Novelista y dramaturgo](#)

Louise Glück (2020). Estados Unidos (1943). Poeta
Abdulrazak Gurnah (2021) Tanzania (1948). Novelista

2. Conclusión

Presentación

El año 1964 supuso un serio toque de atención para los responsables del Nobel; que un intelectual comprometido francés de altísimo prestigio, Jean-Paul Sartre, osara rechazar el *tout puissant Prix Nobel*, máxima aspiración de cualquier hombre de letras, era un motivo para hacer reflexionar seriamente a los máximos dirigentes de la Academia Sueca. Naturalmente, había un precedente, ocurrido seis años antes con Boris Pasternak, pero en su caso el rechazo se debió a las fuertes presiones políticas del gobierno soviético. Renunciar, por lo demás, a una suma de dinero con la que poder asegurarse vivir cómodamente el resto de sus días, no era asunto baladí. Fue, qué duda cabe, una lección de humildad que contribuyó, en gran medida, a avanzar en lo que venimos denominando la consolidación del Nobel.

Sin abandonar sus típicas fluctuaciones, al año siguiente, la Academia, arriesgándose a un nuevo fiasco, otorgaba el galardón al soviético Mijail Shólojov, el novelista más popular de Rusia, un intelectual de línea ortodoxa, que aceptó la distinción sin ningún problema, lo contrario que ocurriría cinco años más tarde con otro ruso, Aleksandr Solzhenitsyn, con quien se iniciaba el apoyo de la Academia a la disidencia no solo soviética, sino también de signo contrario, como ocurría, en 1971, con el gran poeta chileno Pablo Neruda en un momento trascendental de la historia de aquel país andino. Asimismo, la Academia se abría en 1966 a la problemática hebrea, otorgando ese año sendos galardones, uno a Shmuel Yosef Agnón (judío que había optado por emigrar al Estado de Israel e iniciar allí una nueva vida) y, el segundo, a una mujer, Nelly Sachs (la sexta, después de 21 años de olvido), nacida en Alemania y que se libró del holocausto merced a la ayuda humana y material de la Nobel sueca Selma Lagerlöf, que la acogió en Suecia, salvándola de una muerte segura.

El final de los sesenta fue importante para la consolidación del premio. Así, si en 1967, concretamente, la Academia daba el salto a Centroamérica, galardonando al guatemalteco Miguel Ángel Asturias, con una carrera literaria brillante, al año siguiente, 1968, viajaba por primera vez a Japón, otorgando el Nobel a Yasunari Kawabata, con lo que la Academia se abría a la universalización. Y, justo al año siguiente, aun retornando a Europa, canonizaba a Samuel Beckett, intelectual sin mácula, y sin duda uno de los grandes literatos del siglo xx. En esa misma línea incuestionable, la Academia ponía los ojos en 1972 en otra figura estelar, el novelista alemán Heinrich Böll; y un año más tarde viajaba nada menos que a Australia, aun cuando el galardonado, Patrick White, hubiera nacido en el Reino Unido.

No podía, empero, durar la dicha, ya que, en 1974, volvía la Academia a las andadas, nombrando al alimón a dos novelistas suecos, Harry Martinson y Eyvind Johnson, de cuyas respectivas obras muy pocos tienen nociones hoy día. Y, sujeta a tales avances y retrocesos prosiguió su andadura, con la bella nota del regreso del Nobel a España, en plena Transición, veintiún años después de que lo obtuviera Juan Ramón Jiménez, esta vez en la persona de Vicente Aleixandre, con quien la Academia sin duda trataba de hacer justicia a la Generación del 27 española, y en especial a la figura de Lorca. Otro momento glorioso, después del Nobel concedido, en 1981, al gran Elías Canetti, fue el «bombazo» (por lo del «boom») de García Márquez en 1982 y la consagración a escala planetaria de la gran literatura hispanoamericana, que tendría su culminación, ya en nuestros días, en 2010, con Mario Vargas Llosa. Pocos soplos de aire fresco como el aportado por el colombiano. Habría que remontarse a Hemingway, veintiocho años antes, para dar con algo parecido.

Lo que a muchos -después del retorno a Francia del Nobel, tras veinte años de «castigo», haciendo recaer el galardón en Claude Simon, como reconocimiento a esa gran corriente de renovación de la novela que fue el «nouveau roman»- pudo parecer en su momento una nota exótica, dirigiendo la Academia los ojos hacia el dramaturgo nigeriano Wole Soyinka (1986), supuso una nueva línea de apertura tendente a la universalización del Nobel. A Soyinka le sucedieron el ruso nacionalizado en Estados Unidos, Joseph Brodsky, y al siguiente año, 1988, el gran novelista egipcio Naguib Mahfuz, considerado hoy día el padre de la prosa árabe con su célebre *Trilogía del Cairo*. Se cerraba esta etapa de consolidación con otro Nobel español, Camilo José Cela, el último hasta el presente, siempre que no incluyamos al peruano Vargas Llosa, nacionalizado en nuestro país.

Y es que si con un idioma se ha mostrado injusta la Academia Sueca, en especial durante la etapa que va de 1990 a nuestros días, es con el castellano (o español), un idioma que hablan más de 500 millones de personas y con una historia literaria algo más que envidiable. Y ello por más que los inicios fueran harto prometedores, con Cela (1989) y el mexicano Octavio Paz en 1990. En vano esperaron el lógico reconocimiento Jorge Luis Borges, Julio Cortázar y Ernesto Sábato (la «maldición argentina»; el país más injustamente olvidado del mundo), o los españoles Juan Benet, Miguel Delibes, Juan Goytisolo o Rafael Sánchez Ferlosio, o incluso el catalán Pere Gimferrer, eterno candidato.

Digamos pues que, con la mundialización, es el inglés el idioma que ha barrido: la sudafricana Nadine Gordimer (1991), Derek Walcott (poeta nacido en Santa Lucía, 1992), la novelista estadounidense de raza negra Toni Morrison (1993), el poeta irlandés Seamus Heaney (1995), V. S. Naipaul, novelista nacido en Trinidad y Tobago (2001), el sudafricano J. M. Coetzee (2003), el dramaturgo británico Harold Pinter (2005), la novelista británica nacida en Irán Doris Lessing (2007), la canadiense Alice Munro, maestra del relato breve (2013), Bob Dylan (2016), el novelista japonés nacionalizado británico Kazuo Ishiguro (2017), la poetisa estadounidense Louise Glück (2020), o incluso el flamante Nobel actual, el tanzano Abdulrazac Gurnah. Trece entre un total de treinta y dos, supone casi un 40 % de los premiados desde 1990 hasta el presente. De ahí que sean muchos los críticos y periodistas que hablan ya de un monopolio, no tan exclusivo como los que vemos año tras año en Economía, Medicina y Física, pero que cada vez se le asemeja más.

En contraposición, y como estrellas aisladas de gran brillo, nombres con una fulgurante carrera tras ellos, como el portugués José Saramago (1998), el turco Orhan Pamuk, la rumana Herta Müller (duodécima mujer que recibió el Nobel, en 2009), el novelista húngaro Imre Kertész (2002), considerados héroes en sus respectivos países. Y naturalmente el alemán Günter Grass (1999), el austríaco Peter Handke (2019) y los chinos Gao Xingjian (2000) y Mo Yan (2012). Traer a colación al gran Günter Grass, Nobel de prestigio, conlleva lamentar que un escritor universal como fue el italiano Umberto Eco muriera sin el que habría sido un más que justo reconocimiento, en tanto que la Academia Sueca, en otra de sus increíbles fintas, concedía el Nobel al dramaturgo italiano Dario Fo, en 1997. Mas así es si así os parece...

1

Los Premios Nobel y su contexto histórico

LA DEFINITIVA CONSOLIDACIÓN DEL NOBEL

De Mayo de 68 a la caída del Muro

La muerte de Stalin, en 1953, inauguró un nuevo periodo histórico marcado por la instauración de cierta apertura y diálogo entre los grandes, con el fin de poner fin al orden bipolar instaurado durante la «Guerra Fría», que había dividido a Europa (y, de paso, al mundo) en dos mitades. Empezó de ese modo la etapa de «coexistencia pacífica», rota en momentos puntuales como la crisis de Berlín de 1961 y, sobre todo, la de Cuba, en 1962, que puso al mundo al borde del abismo. Tras esa grave crisis, el presidente

norteamericano John F. Kennedy y el dirigente soviético Nikita Krutchev tomaron conciencia de la necesidad perentoria de finiquitar la carrera armamentística y de reforzar el diálogo para evitar la tan temida catástrofe nuclear. Esa nueva política de distensión desembocó en la firma del TNP (Tratado sobre la No Proliferación de las Armas Nucleares) en 1968 y de los acuerdos SALT en 1972. La competición entre las dos superpotencias se centró, desde entonces, en otros ámbitos más pacíficos como el deporte o la carrera espacial.



Puerta de Brandeburgo, 1987, vista desde el lado occidental. En el cartel: «Atención, está abandonando Berlín Occidental». El muro de Berlín representa la Guerra Fría (Amidasu).

En Europa, el canciller de la Alemania Occidental Willy Brandt iniciaba en 1969 una política de acercamiento a la Alemania Oriental -la *Ostpolitik*- que culminó en 1972 con el reconocimiento mutuo de los dos Alemanias. La política de distensión alcanzó su apogeo en 1975 con los Acuerdos de Helsinki, en los que se garantizaba la inviolabilidad de las fronteras de 1945 y el respeto de los derechos del Hombre. Las disensiones ahora surgían en el seno de los

propios bloques. Así, por ejemplo, en el oeste la Francia del general De Gaulle, por afán de independencia, abandonaba en 1966 las estructuras militares de la OTAN; en el este, la China de Mao, reacia a aceptar las críticas formuladas por Krutchev contra el régimen estalinista, entró en conflicto abierto con Moscú y puso en práctica un nuevo modelo de construcción del comunismo. Con la descolonización, por lo demás, el movimiento de los «no alineados» reunía a numerosos países del Tercer Mundo, recién alcanzada su independencia en muchos casos, que rehusaban situarse en ninguno de los dos campos.

La distensión no supuso, empero, el final de la «Guerra Fría». Se trataba más bien de una paz armada, durante la cual, la carrera armamentística, aunque mejor controlada, prosiguió durante años. Los dos grandes siguieron manteniendo su influencia sobre sus aliados más próximos; la URSS interviniendo en Checoslovaquia con el fin de reprimir el estallido de la Primavera de Praga (1968); los Estados Unidos apoyando e instalando dictaduras militares en América Latina, como ocurriera en Chile en 1973, y cada uno tratando de preservar sus respectivos posicionamientos. Las tensiones, además, continuaban intactas en los límites de las zonas de influencia, cual es el caso de Vietnam, país en el que, a principios de los años sesenta, los Estados Unidos iniciaban un prolongado y doloroso conflicto al objeto de impedir la unificación con el Vietcong, comunista.

En 1974, la URSS trató de utilizar el debilitamiento coyuntural de los Estados Unidos tras su retirada de Vietnam, la crisis económica que por aquel entonces golpeaba el mundo capitalista y su superioridad reciente en materia de armamento, para tomar la iniciativa. En esa línea, favoreció la instalación de gobiernos prosoviéticos en África (Angola, Mozambique, Etiopía) e invadió Afganistán, iniciando de ese modo una muy larga y cruenta guerra

contra los *muyaidines* -resistentes afganos-, a quienes el gobierno de Washington se apresuró a apoyar. En Europa, la URSS desplegaba a partir de 1977 misiles de medio alcance dirigidos contra los países occidentales, los SS-20, que rompían el equilibrio nuclear en el continente. Se iniciaba de ese modo la llamada crisis de los euromisiles.

Tras varios años de indecisión, los occidentales finalmente decidieron reaccionar contra estas nuevas provocaciones suscitadas por la URSS. El instigador principal de esta reacción fue el presidente norteamericano Ronald Reagan -elegido en 1980-, anticomunista declarado y dispuesto desde el primer momento a poner en marcha una cruzada contra el «Imperio del mal». Consecuencia de esta nueva cruzada fue el anuncio, por parte de la URSS, en 1983, del proyecto de un escudo espacial antimisiles, que suponía un relanzamiento de la carrera armamentística -la célebre IDS («Iniciativa de defensa estratégica»). Ese mismo año, los Estados Unidos, pese a la hostilidad de los pacifistas, instalaban en Europa occidental los cohetes nucleares Pershing y Cruise como modo de contrarrestar el efecto de los SS-20.

Pocos sabían, sin embargo, que por aquel entonces el sistema soviético estaba minado en su misma base, anunciando el estrepitoso fracaso del modelo comunista, tanto desde el punto de vista político como económico y social. Signos evidentes de ello habían empezado a vislumbrarse en la cada vez más viva contestación presente en las democracias populares, en las que la cultura occidental se había filtrado, produciendo un progresivo divorcio entre el poder y la sociedad. El caso más conocido fue el de Polonia, país en el que en 1980 el recién creado sindicato independiente *Solidarnosc* («Solidaridad») inició una huelga. La proclamación del estado de guerra y la represión que se abatió sobre el país al año siguiente no lograron poner fin a la agitación.

La llegada al poder en 1985 de Mijail Gorbachov supuso un giro radical. Dinámico y ambicioso, decidido a llevar a cabo una reforma exhaustiva, muy pronto comprendió la necesidad imperiosa de reducir los gastos militares, que representaban cerca del 20 % del presupuesto, para salvar a la URSS de la quiebra. Con ese objetivo inició una serie de negociaciones con los Estados Unidos para poner fin a aquella carrera armamentística sin sentido. Fruto de tales negociaciones fueron los acuerdos de Washington para el desmantelamiento de los euromisiles (1987) y el tratado START sobre la reducción drástica de misiles intercontinentales (1991). La URSS dejó de apoyar a los gobiernos y movimientos comunistas, y las tropas soviéticas enviadas a Afganistán fueron retiradas (1988-1989).

A partir de 1989, los regímenes comunistas, privados del apoyo soviético, y contestados por las nuevas generaciones, cayeron uno tras otro como fichas de dominó. El proceso se llevó a cabo unas veces de forma pacífica y negociada (como fue el caso de Polonia, Checoslovaquia y Hungría) y otras, de manera violenta (como ocurrió con Rumanía y Yugoslavia). El «telón de acero» caía en septiembre de 1989 cuando Hungría abría sus fronteras a Austria. La caída del Muro de Berlín, el 9 de noviembre de ese mismo año, fue bastante más que un gesto simbólico. La consiguiente reunificación de las dos Alemanias el 3 de octubre de 1990, negociada con las cuatro potencias que la ocuparon después de la guerra, fue sin duda un acontecimiento trascendental que ponía fin de manera pacífica a la «Guerra Fría», justo en el sitio donde esta había empezado.

Relación de galardonados: de Jean-Paul Sartre a Camilo José Cela

En 1964, la Academia Sueca, siempre fiel a la literatura francesa, hacía recaer el Nobel en el padre del existencialismo, Jean-Paul Sartre. Este, sin embargo, movido por motivaciones que en vano trató de explicar (fueron muchos los que consideraron que el componente de los celos para con Camus fue un facto esencial) rechazó, con gran escándalo mediático, el galardón. Habrían de pasar más de veinte años para que el Nobel volviera a Francia. Al año siguiente, la Academia Sueca, arriesgándose a otro nuevo escándalo, decidió hacer recaer el galardón sobre el escritor ruso Mijail Shólojov, autor de *El Don apacible*, novela con la que generaciones de escolares rusos se educaron (como ocurriría en México con *Pedro Páramo*). Shólojov, hombre del régimen, ortodoxo y máximo exponente del realismo socialista, aceptó el Nobel. Al siguiente año, 1966, la Academia decidía honrar los sufrimientos del pueblo judío durante la Segunda Guerra Mundial; de ahí que hiciera recaer el premio esta vez sobre dos representantes de esa cultura: el novelista Shmuel Yosef Agnón, perteneciente a una de esas familias polacas que apostaron por alejarse de la vorágine y fundar el nuevo Estado de Israel; y la poetisa Nelly Sachs, alemana de familia judía acomodada que logró salvar la vida merced a la ayuda de Selma Lagerlöf, que la acogió en Suecia.

En 1967, veintidós años después de que recibiera el Nobel la chilena Gabriela Mistral, de nuevo la Academia ponía los ojos en Hispanoamérica, reconociendo la labor infatigable del novelista guatemalteco Miguel Ángel Asturias, precursor del inminente «boom» del que de alguna forma participaba este con su obra. Y, no satisfecha, al año siguiente la Academia tendía sus tentáculos hacia Japón, otorgando el Nobel al novelista Yasunari Kawabata, el gran maestro de la narrativa japonesa, que introducía una nueva sensibilidad en el arte occidental, como había ocurrido en el cine de Kurosawa. Y para coronar esta etapa

de aciertos, en 1969 galardonaba al irlandés Samuel Beckett, asentado en París, discípulo de Joyce y gran revolucionario de la novela y, especialmente, del teatro, con *Esperando a Godot*. Aunque su elección cerraba las puertas al otro gran dramaturgo vanguardista creador del «teatro del absurdo», el rumano naturalizado en Francia Eugène Ionesco, no cabe duda de que pocas veces el Nobel hizo justicia a una personalidad de una relevancia y coherencia tan fuera de lo normal (se sabe que empleó el dinero del premio en ayudas a amigos necesitados).

Tras el renombre alcanzado por el Nobel en 1969, parecía difícil mantener el nivel pese a determinados críticos siempre descontentos. Con todo, los primeros galardonados de los años setenta mantuvieron el prestigio – caso de Neruda (1971), Heinrich Böll (1972) y Patrick White (1973)– y el prestigio no exento de polémica – caso de Aleksandr Solzhenitsyn (1970). Con Solzhenitsyn salía a relucir la triste realidad del régimen soviético, los campos de concentración, los gulags, los lavados de cerebro, tal y como quedaba de manifiesto en *Un día en la vida de Iván Denishovic* (1962), obra que anunciaba su inminente ruptura con el régimen y su exilio. La concesión del Nobel, tildada por muchos de oportunista, permitió que Solzhenitsyn se explayara sobre los métodos de represión ideados por Stalin en su voluminosa obra *Archipiélago Gulag*, que hizo correr ríos de tinta. Por su parte, el Nobel otorgado al gran poeta chileno Pablo Neruda (segundo Nobel para Chile) en 1971 –un año antes de su muerte–, supuso no solo la plena internacionalización del galardón, sino también, y en cierto modo, la legitimación y el respaldo al régimen de Salvador Allende, que lamentablemente serviría de poco. En 1972, el Nobel regresaba a Alemania tras nada menos que 43 años (el último autor en recibirlo fue, recordémoslo, Thomas Mann, en 1929), en la persona de Heinrich Böll, el gran renovador

de la narrativa alemana, autor de *Opiniones de un payaso*. Y, un año más tarde, en 1973, el Nobel viajaba a Australia, consagrando a Patrick White, novelista nacido en el Reino Unido, formado en la tradición de Joyce y Virginia Woolf, pero influido por el universo luminoso del Continente Austral.



El triunfo de Salvador Allende en las elecciones chilenas de 1970 puso en guardia a los Estados Unidos ante la posibilidad de que la izquierda llegara al poder en el Cono Sur a través de las urnas (imagen de la Biblioteca del Congreso de Chile).

En 1974, la Academia Sueca, probablemente acuciada desde el interior de la misma, y ante la sorpresa del mundillo literario, hacía recaer el Nobel en dos novelistas suecos prácticamente desconocidos allende sus fronteras: Harry Martinson y Eyvind Johnson, pertenecientes a la llamada «escuela proletaria»; se trataba de dos autodidactas, procedentes de sendas familias de humilde condición, que se convertían en el sexto y séptimo galardonado de esta nación. Por fortuna, la Academia, acto

seguido, daría la de cal haciendo recaer el Nobel sucesivamente en tres grandes personalidades: dos poetas, el italiano Eugenio Montale (1975) -hombre profundamente comprometido con su tiempo, periodista destacado y, sobre todo, poeta de talla internacional cuyo hermetismo estaba directamente inspirado en Mallarmé y Valéry-; el español Vicente Aleixandre (1977) -cuyo reconocimiento era un poco el de su generación, la generación del 27, con esa pléyade de celebridades, cual es el caso de Lorca, o sus compañeros Alberti, Guillén, Salinas, Dámaso Alonso, etc., que habían llevado la poesía española a una nueva Edad de Oro -; y un novelista judío estadounidense, aunque nacido en Canadá, Saul Bellow (1976), autor de libros de la dimensión de *Herzog* y padre espiritual de toda una saga de grandísimos novelistas judíos norteamericanos como Bernard Malamud, Norman Mailer, Philip Roth, etc.

En 1978, la Academia Sueca homenajeaba al antiguo lenguaje de los hebreos, el *yiddish*, otorgando su 75 Premio Nobel al novelista norteamericano de origen polaco Isaac Bashevis Singer, lo cual no dejó de ser otra nota exótica más, como el Nobel entregado al islandés Laxness en 1955 o al finlandés Sillanpää en 1939. Un año más tarde el elegido era un poeta griego, Odysséas Elytis, segundo Nobel de esa nación después de Yorgos Seferis, laureado, como vimos al final del tomo anterior, en 1963, y como él, miembro destacado de la generación de 1930. Otro poeta polaco, nacido en Lituania, Czeslaw Milosz, era galardonado en 1980. Hacía 56 años que la Academia no se acordaba de ese castigado país. El siguiente en la lista de los Nobel fue Elías Canetti, judío sefardí, espíritu errante, nacido en Bulgaria (en su hogar paterno, además del búlgaro, se hablaba castellano), nacionalizado en el Reino Unido y cuya obra estaba escrita en alemán, autor del célebre libro *Auto de fe*, que es sin duda una obra clave para entender la historia de Europa en el siglo xx.

En octubre de 1982, la Academia Sueca otorgaba el Nobel de Literatura al narrador colombiano Gabriel García Márquez, célebre desde que en 1967 diera a la luz su novela *Cien años de soledad*, que no solo lo encumbró a él, sino también a toda su generación, la del «boom» hispanoamericano. Fue un momento mágico, como lo habían sido, en 1954 y 1957, los reconocimientos de Hemingway y Camus. Al tiempo que el Nobel engrandecía sus figuras, ellos engrandecían al Nobel. Al año siguiente, la Academia de nuevo bajó el listón, concediendo el galardón al novelista británico William Golding, cuya notoriedad provenía de la publicación en 1954 de *El señor de las moscas*. Era el séptimo Nobel que viajaba a Reino Unido. Lamentablemente, nombres insignes como George Orwell, Malcolm Lowry, Lawrence Durrell y Graham Greene morirían sin ese reconocimiento. En 1984, la Academia volvía a la gran poesía, poniendo los ojos esta vez en el poeta checo Jaroslav Seifert, hombre comprometido e inspirado. Con Seifert, el Nobel llegaba por primera vez a la patria de Franz Kafka, haciendo de alguna manera justicia al agravio que supuso que uno de los cinco grandes pioneros de la narrativa del siglo xx muriera en el olvido.

Y, aunque el rechazo del Nobel por parte de Sartre cayera como un jarro de agua fría entre los miembros del Comité, hasta el punto de someter a una cuarentena de veinte años a Francia, por fin, en 1985, y de forma parecida a lo que ocurriera con la «generación perdida» o el «boom» hispanoamericano, la Academia Sueca reconocía al tan controvertido «nouveau roman» francés en la persona de Claude Simon (decimotercer Nobel), dejando en la estacada a su «fundador» Alain Robbe-Grillet, o a su máximo exponente, Michel Butor, autor de *La modificación*. Aunque francés, Simon había nacido en Madagascar, lo cual, en cierto modo, anunciaba el nuevo salto que daría la

Academia en 1986 hasta Nigeria -primer país africano que pudo presumir de tener un Nobel-, galardonando al dramaturgo Wole Soyinka, formado en Inglaterra y considerado uno de los grandes innovadores del teatro en el mundo.

En 1987, la Academia Sueca, en otro de sus típicos golpes de timón, otorgaba el Nobel al gran poeta autodidacta Joseph Brodsky, nacido en Rusia, joven polémico y rebelde, cuyo temperamento y modo de pensar le acarreó múltiples incidentes con el régimen, hasta que, con 37 años se instalaba en los Estados Unidos, donde se nacionalizaba, culminando de ese modo una obra poética breve pero intensa. Fue el cuarto Premio Nobel más joven, con 47 años -después de Kipling (42), Camus (43) y Sinclair Lewis (46).

Concluía esta cuarta época con dos singulares galardones: el concedido en 1988 al gran novelista árabe Naguib Mahfuz, autor, entre otras muchas obras, de su célebre *Trilogía del Cairo*. Primer Premio Nobel egipcio y segundo africano, el galardón, si bien le granjeó fama y prestigio en todo el mundo, constituyó una fuente de conflictos permanente para él, que concluyó con un ataque de arma blanca en 1994, por parte de un grupo de extremistas islámicos, que a punto estuvo de costarle la vida y que lo dejó muy mermado de facultades. El Nobel del siguiente año recayó, por fin, después de figurar unas cuantas veces en las quinielas de aspirantes, en el gran Camilo José Cela, máximo representante de la novelística de la posguerra española, junto a Juan Benet. Con *La familia de Pascual Duarte* y *La Colmena*, Cela sacaba a la gran novela española del pozo en que había caído con la Guerra Civil, luego de que personalidades de la talla de Clarín, Galdós y Pío Baroja la hubieran llevado entre 1880 y

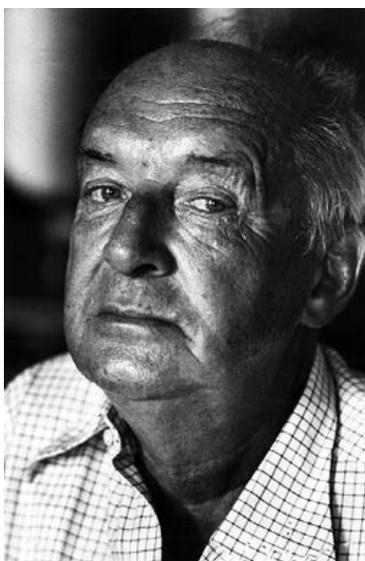
1936 a un renacimiento digno de Cervantes y la picaresca. ¡Qué triste que en el sepelio de Baroja se juntaran un reciente Premio Nobel (Hemingway) y otro en ciernes (Cela), cuando posiblemente el vasco atesorara más méritos que los dos juntos!



Marguerite Yourcenar, la genial autora de «Memorias de Adriano» está junto a Marguerite Duras o Simone de Beauvoir entre las candidatas que no alcanzaron el Nobel (imagen de Bernhard De Grendel).

Y es que, pese al aperturismo de la Academia durante esta cuarta etapa de «consolidación» del Nobel, fueron muchas las celebridades que fallecieron en esa época sin degustar las mieles del ansiado galardón. Ya hemos visto los casos de Orwell, Lowry, Durrell y Graham Greene en Reino Unido. Todavía más grave fue lo acaecido en Francia, ya que, además de los grandes nombres del Nouveau Roman, los citados Robbe-Grillet y Michel Butor, a quienes incluso se podría añadir los de Marguerite Duras y Marguerite Yourcenar, dos novelistas de enorme prestigio, o incluso Simone de Beauvoir (pensemos que, de los quince Nobel franceses no hay, curiosamente, ninguna mujer), la Academia se olvidó de personalidades del relieve de Céline (fallecido en 1961), André Butor, fundador con Philippe Soupault del Surrealismo (fallecido en 1966), Jean Cocteau (en 1963) e incluso André Malraux, figuras estelares de la época de entreguerras. Y eso por no hablar del gran dramaturgo alemán Bertold Brecht (muerto en 1956), y del

novelista Thomas Bernhard (fallecido en 1989), sin duda la figura más importante y atrayente de la literatura austríaca, de la que posteriormente se beneficiarían Elfriede Jelinek y Peter Handke. En Italia, el reconocimiento de esos dos grandes poetas ya citados, Quasimodo y Montale, relegaría injustamente la figura de Ítalo Calvino, uno de los grandes novelistas del siglo (fallecido en 1985), junto a Cesare Pavese (fallecido en 1959, con solo 51 años).



Vladimir Nabokov, de origen ruso y nacionalizado estadounidense, fue una de las ausencias más notorias en la nómina de premiados (imagen de Walter Mori).

También en la literatura norteamericana, pese al buen trato que le venía dispensando la Academia Sueca, se pueden observar graves ausencias, como es el caso de Patricia Highsmith (fallecida en 1995), el célebre John Kerouac (muerto en 1969) conocido, sobre todo, por su gran novela *En la carretera* (*On the road*), que marcó época y, en especial, por la del ruso nacionalizado estadounidense Vladimir Nabokob, autor de un formidable elenco novelístico del que, por azares de la posteridad, casi únicamente se habla de *Lolita*. Otros nombres relegados